

www.elboomeran.com

La Atlántida

RBA NARRATIVAS

www.elboomeran.com

PIERRE BENOIT

LA ATLÁNTIDA

Traducción de
JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA

RBA

www.elboomeran.com

Título original francés: *L'Atlantide*.

© Éditions Albin Michel, 1919, 1993.

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2012.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición en esta colección: octubre de 2012

REF.: OAFI752

ISBN: 978-84-9006-388-0

DEPÓSITO LEGAL: B-23.785-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

www.elboomeran.com

A ANDRÉ SUARÈS

Antes de la narración todavía es necesario llamar la atención sobre un detalle, para que no os maravilléis si escucháis nombres griegos de hombres bárbaros.

PLATÓN, *Critias*

CONTENIDO

Carta preliminar, 13

1. Un puesto en el sur, 17
2. El capitán Saint-Avit, 29
3. La misión de Morhange y Saint-Avit, 41
4. Rumbo al grado veinticinco, 49
5. La inscripción, 61
6. Los inconvenientes de la lechuga, 72
7. El país del miedo, 82
8. Despertar en Hoggar, 93
9. La Atlántida, 106
10. La sala de mármol roja, 118
11. Antinea, 129
12. Morhange se levanta y desaparece, 141
13. Historia del atamán de Jitomir, 153
14. Horas de espera, 168
15. La lamentación de Tanit Zerga, 177
16. El martillo de plata, 187
17. Las vírgenes de las rocas, 198
18. Las luciérnagas, 208
19. El Tanezrouft, 219
20. El círculo se cierra, 231

CARTA PRELIMINAR¹

Hassi Inifel, 8 de noviembre de 1903

Si las páginas que siguen ven algún día la luz del sol, significará que esta me ha sido arrebatada. El plazo que fijo para divulgarlas me lo garantiza con bastante seguridad.

Que no se malinterpreten mis intenciones porque desee que se divulguen. Se me ha de creer si digo que no siento ningún orgullo de autor por este cuaderno febril. ¡Quede ya claro que esas cosas me importan muy poco! Lo que es realmente inútil es que otros tomen el camino del que yo ya nunca regresaré.

Son las cuatro de la madrugada. La aurora no tardará en encender su fuego rosa sobre la *hamada*. A mi alrededor, el fuerte duerme. Por la puerta entreabierta de su habitación oigo la respiración plácida, muy plácida, de André de Saint-Avit.

1. Esta carta y el manuscrito que la acompaña —este último metido en un sobre especial lacrado— se los encomendó al sargento Châtelain, del tercer regimiento de espahíes, el teniente Ferrières el 10 de noviembre de 1903, día en que este oficial partía para el Tassili de los tuaregs Ajjer (Sáhara central). El sargento tenía órdenes de entregarlos, en su primer permiso, al señor Leroux, consejero honorario del tribunal de Riom, el pariente más próximo del teniente Ferrières. La muerte repentina de este magistrado antes de que se cumpliera el plazo de diez años fijado para la publicación del manuscrito originó una serie de dificultades que han retrasado dicha publicación hasta hoy.

Dentro de dos días partimos los dos. Abandonamos el fuerte. Nos adentramos en el sur. La orden del ministerio llegó ayer por la mañana.

Ahora, aunque quisiera, sería demasiado tarde para dar marcha atrás. La misión la solicitamos nosotros. El permiso que pedí, de acuerdo con André, ahora ya es una orden. Tanto recorrer la vía jerárquica y movilizar influencias en el ministerio para luego tener miedo y retroceder ante el peligro...

Tener miedo, digo. Sé que no tengo miedo. Una noche, en Gurara, encontré a dos de mis centinelas asesinados, con la terrible señal de la cruz bereber marcada en el vientre, y tuve miedo. Sé lo que es el miedo. Por eso ahora, mirando la inmensidad tenebrosa de la que no tardará en surgir el enorme sol rojo, sé que no me estremezco por miedo. Siento luchar en mí el horror sagrado del misterio y su atracción.

Desvaríos, quizás. Imaginaciones de un cerebro sobreexcitado y de unos ojos perturbados por los espejismos. Seguro que algún día leeré estas páginas sonriendo con piedad y vergüenza, sonriendo como un hombre de cincuenta años que relea viejas cartas.

Desvaríos. Imaginaciones. Pero estos desvaríos, estas imaginaciones, me gustan. «En Tassili —dice el despacho ministerial—, el capitán Saint-Avit y el teniente Ferrières tienen por cometido estudiar las relaciones estratigráficas de las areniscas blancas y de las calizas carboníferas... Eventualmente, aprovecharán para informarse del estado de ánimo de los ajjer con respecto a nuestra influencia, etc.». Si al final resultara que el viaje no fuera a servir más que para estos pobres asuntos, creo que no partiría...

Así pues, deseo lo que temo. Me sentiría decepcionado si no me encontrara cara a cara con aquello que me hace temblar extrañamente.

En el fondo del valle del ued Mia aúlla un chacal. A ratos, un rayo de luna hiende de plata las nubes cargadas de

calor, y una tórtola, creyendo que es el sol saliente, zurea en el palmeral.

Oigo pasos fuera. Me asomo a la ventana. Por el suelo de adobe de la azotea del fortín se desliza un bulto vestido con ropas negras y brillantes. Un chispazo en la noche eléctrica. El hombre acaba de encender un cigarrillo. Se ha acuclillado, cara al mediodía. Fuma.

Es Cegheir ben Cheikh, nuestro guía tuareg, el hombre que dentro de tres días nos conducirá a las llanuras ignotas del misterioso Imoschaoch, a través de *hamadas* de piedras negras, de grandes ueds secos, de salinas de plata, de *gours* encendidos, de dunas de oro mate coronadas, cuando soplan los alisios, por penachos temblorosos de arena pálida.

¡Cegheir ben Cheikh! El mismo. Recuerdo la trágica frase de Duveyrier: «El coronel pone el pie en el estribo y en ese momento recibe un sablazo...».² ¡Cegheir ben Cheikh! Ahí está, fumándose tranquilamente un cigarrillo, un cigarrillo del paquete que yo le he dado... ¡Dios mío!, perdóname esta traición.

La lámpara proyecta sobre el papel su luz amarilla. Curioso destino el que, cuando yo tenía dieciséis años, sin saber exactamente por qué, decretó que un día me formaría en Saint-Cyr y me convertiría en el compañero de André de Saint-Avit. Habría podido estudiar derecho, o medicina. Hoy sería una persona tranquila que viviría en una ciudad con iglesia y agua corriente, y no este fantasma vestido de algodón que contempla, presa de una ansiedad indescriptible, el desierto que está a punto de engullirlo.

Por la ventana ha entrado un gran insecto. Zumba, vuela de las paredes enlucidas al fanal de la lámpara, y, al final, vencido, con las alas quemadas por la llama de la vela aún alta, se posa ahí, en la página blanca.

2. H. Duveyrier, *Désastre de la mission Flatters*, *Bulletin de la Société de Géographie*, 1881.

Es un abejorro de África, enorme, negro, con manchas gris claro.

Pienso en los otros, en sus hermanos de Francia, en los abejorros dorados que, en las tardes tormentosas de verano, veía salir volando como disparados del suelo de mi tierra natal. En esa tierra pasaba de niño las vacaciones, y después mis días de permiso. La última vez, por aquellos mismos campos, caminaba a mi lado una delgada figura blanca con un pañuelo de muselina al cuello, que la protegía del aire de la tarde, que allí es muy fresco. Ahora, este recuerdo apenas si me mueve a alzar un momento la mirada hacia un rincón en sombra de mi cuarto, donde brilla, en la pared desnuda, el cristal de un retrato impreciso. Comprendo hasta qué punto lo que pudo parecerme que iba a ser mi vida ha dejado de importarme. Ese misterio lastimero ya no me interesa. Si los cantores ambulantes de Rolla vinieran a susurrarme a esta ventana de fuerte sus famosos cánticos nostálgicos, sé que no los escucharía, y si insistieran, los echaría.

¿Qué ha causado esta metamorfosis? Una historia, un cuento quizás, aunque contado por alguien sobre quien pesa la más atroz de las sospechas.

Cegheir ben Cheikh se ha terminado el cigarrillo. Lo oigo volver a su estera, en el edificio B, cerca del puesto de guardia, a la izquierda.

Como nuestra partida es para el día 10 de noviembre, el manuscrito que acompaña a esta carta se empezó el domingo día 1 y se terminó el jueves 5 de noviembre de 1906.

OLIVIER FERRIÈRES

Teniente del tercer regimiento de espahíes